

El Triunfo tan esperado por todos (aunque no de la misma manera)

Así comienza San Luis María Grignon de Monfort su Tratado de la Verdadera Devoción: *«Jesucristo vino al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por Ella debe también reinar en el mundo»*, es decir la segunda vez, el día de su Parusía.

En la nota a este texto poniendo en paréntesis lo tachado por el autor en el original se lee *«Por medio de la Santísima Virgen, Jesucristo vino al mundo (la primera vez) y semejantemente por medio de ella (nos) ha de venir la segunda a reinar en el mundo.»*

El Padre Faber habla, de un nuevo Elías misionero del Espíritu Santo y de María, en su prefacio al tratado: *«Pocos hombres ha habido en el siglo XVIII que llevasen sobre sí tan fuertemente grabadas las señales del hombre providencial como este nuevo Elías, misionero del Espíritu Santo y de María (...) Su predicación, sus escritos y su conversación estaban totalmente impregnados de profecías y anuncios de los últimos siglos de la Iglesia. Semejante a San Vicente Ferrer, se adelanta, cual si estuviese en los días que precederán inmediatamente al juicio final, anunciando que trae de parte de Dios, un mensaje auténtico de que se debe tributar un honor mas grande, se ha de conocer más extensamente y se ha de amar más ardentemente a su Santísima Madre y que este incremento de la devoción a María guarda íntima relación con la segunda venida de su Hijo.»*

Lo cual está en relación con la venida del Reino de Cristo, al manifestar: *«la casi increíble eficacia de esta devoción, como medio para la salvación de los hombres y para la venida del reinado de Cristo.»*

Para terminar con las siguientes palabras con las que asocia lo anterior: *«con la pronta venida de aquella gloriosa época de la Iglesia, que será la época de María.»*

San Luis va al grano dejando bien en claro que: *«Por medio de María se comenzó la salvación del mundo, y por medio de María se debe consumir. María apenas se dejó ver en la primera venida de Jesucristo... Pero en la segunda venida de Jesucristo, María ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, a fin de hacer por medio de Ella que los hombres conozcan, amen y sirvan a Jesucristo.»* (Tratado de la Verdadera Devoción, n.º. 49).

Y el Santo precisa cuando es esa época: *«Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos... Como es el camino por donde ha venido a nosotros la primera vez, lo será también la cuando Éste venga la segunda, aunque de diferente manera... María ha de brillar más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos. En fin, María ha de ser terrible al demonio y a sus secuaces como un ejército colocado en orden de batalla, principalmente en estos últimos tiempos, porque el diablo sabiendo que tiene poco tiempo y mucho menos que nunca para perder las almas, redobla todos sus esfuerzos y ataques.»* (Ibid. n.º. 50).

Y no cabe espacio, ni tiempo para un triunfo del Inmaculado Corazón de María antes de la derrota del Anticristo, como muchos ingenua o ignorantemente creen y piensan cuasi un dogma de fe mal interpretado y mal situando las cosas, pues el Santo lo excluye con las siguientes palabras: *«De estos últimos y crueles persecuciones del diablo, que irán aumentando de día en día hasta que venga el reinado del Anticristo...»* (Ibid. n.º. 51).

Monseñor Cristino Morrondo (canónigo lectoral de Jaén) hace la misma observación diciendo: *«Conformes en que el triunfo vendrá, sólo discrepamos en el tiempo y en el modo. Sí. Porque es preciso distinguir dos partes, dos fases en que está encerrado el secreto de la solución. Primera. La Iglesia no perecerá bajo la acción destructora de sus enemigos, esto es, a la Iglesia no se promete la victoria en ese texto, es decir no se le promete la ruina de las*

potestades adversas. Es simplemente el anuncio de su marcha histórica militante, y que los hechos vienen comprobando aun en las épocas más calamitosas y situaciones más graves, y bajo ese punto de vista y desde las alturas de esa gran promesa no hay títulos positivos para esperar el refloreamiento de la fe ni la restauración cristiana de las naciones, sólo se garantiza su permanencia hasta el fin. [...] luz profética limitada a garantizar la existencia de la Iglesia. Desde el momento en que damos un solo paso fuera de ese círculo promisorio, nuestros cálculos de futura restauración carecen de base revelada, no pueden apoyarse, como se viene haciendo, en la consigna dada a Simón: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y no prevalecerán sobre ella las potestades adversas. Para legitimar en nombre de Dios la esperada transformación del mundo y el retorno a la fe de los pueblos y naciones hay que aducir otro género de promesas complementarias que no afecten simplemente a la firmeza de la Iglesia e impotencia de sus enemigos, sino a otro género de privilegios, a otras dos promesas inmensas; una que asegura el triunfo a la Iglesia y otra que tiene prevista la ruina y la destrucción universal de todos sus enemigos, y ambas contenidas en una revelación aparte distinta de la que afecta al curso ordinario de la historia. Y es la revelación de las circunstancias del retorno de Jesucristo, que vendrá según expresiones bíblicas, convirtiendo a los judíos, una de las dos alas del ejército perseguidor, y destruyendo como un río desbordado a la otra, a los defensores y a las fortalezas del imperio anticristiano oriundo de la gentilidad, en el día de su llegada y con el espíritu de sus labios, *in die adventus hejus, el spiritu oris hejus*. Y ese es el tiempo y el modo, según el plan divino, de la victoria solemne de la Iglesia, de la restauración universal de pueblos y naciones. Criterio más seguro, más preciso, más detallado que el tópico del *non praevalerunt* que no excluye el triunfo, pero que no lo expresa.» (Catástrofe y renovación, Jaén 1924, pp. 167-168-169).

Conviene saber, cual se lee en una de las presentaciones del Tratado de la Verdadera Devoción, que el «título original tuvo que haber sido *Preparación al Reino de Jesucristo*» tal cómo lo dice el Santo en el n.º. 227; pues en realidad al faltar las primeras páginas del texto original, el título actual fue añadido para su publicación.

En la presente edición al final de la nota 285 del n.º 227 se lee: «Ni han faltado quienes vean en estas palabras: *'Preparación al Reinado de Jesucristo'*, el título que diera San Luis al libro que hoy tenemos con el de *Tratado de la Verdadera Devoción*». (Editorial Lumen, Buenos Aires 1978, p. 462).

Lo cual está también en relación directa con lo que expresa San Luis en estos términos: «Si, pues, es cierto que el conocimiento y reinado de Jesucristo en el mundo deben llegar, no lo es menos que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y del reinado de la Santísima Virgen, que es la que lo trajo la primera vez al mundo y quien lo hará triunfar la segunda». (Ibid. n.º. 13). Se ve claramente con esto, cuál es la razón última y profunda por la cual Cristo quiere glorificar a su divina madre como preludeo de su Parusía y de su Reino.

En este sentido, el P. Cadavid hablando de Fátima expresa en 1954: «El tercer secreto se relaciona con el Triunfo del Corazón Inmaculado de María. ¡Pero bien sabemos que sólo Lucía y Pío XII conocen dicho secreto y que versa sobre algo terrible que antecederá al completo reinado del Corazón de María!» (El Llanto de María en Siracusa y la Incógnita de Nuestros Azarosos Días, ed. Librería Nueva, Bogotá 1958, 5ª edición, p. 65). O también en estos dos pasajes del mismo autor: «Cumplido semejante castigo vendrá el completo Reinado del Corazón Inmaculado de María: la paz, la tranquilidad y religiosidad que precederán al verdadero fin.» (Ibid. p. 32).

El Reinado completo (después de la Parusía) es preparado por el inicio del Reinado de la Santísima Virgen María con las definiciones dogmáticas de Pío IX a lo cual el santo Papa hace alusión al decir proféticamente: «Más sentimos firmísima esperanza y confianza absoluta de que la misma Santísima Virgen, que toda hermosa e inmaculada trituró la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente, y trajo la salud al mundo, [...] hará con su valiosísimo patrocinio que la Santa Madre Católica Iglesia, removidas todas las dificultades y vencidos todos los errores, en todos los pueblos, en todas partes, tenga vida cada vez más floreciente y vigorosa y reine de mar a mar y del río hasta los términos de la tierra y disfrute de toda paz, tranquilidad y libertad para que [...] vuelvan al camino

de la verdad y de la justicia los desviados y se forme un solo redil y un solo Pastor». (Bula Ineffabilis Deus, 8 de diciembre de 1854).

Esto fue lo que hizo decir a San Pío X: «Además tenemos que decir que este deseo nuestro surge sobre todo de que, por una especie de moción oculta, nos parece apreciar que están a punto de cumplirse aquellas esperanzas que impulsaron prudentemente a nuestro antecesor Pío y a todos los obispos del mundo a proclamar solemnemente la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios.» (Ad diem illum laetissimum). Conste que esto lo dice San Pío X después de su primera encíclica de 1903 *E supremi apostolatus* donde habla del Anticristo pronto por venir, si no es que ya nació.

Queda claro que las esperanzas que impulsaron a Pío IX a la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, son la realización de la gran promesa cuyo cumplimiento no puede tener lugar sin la Parusía, pues es un triunfo total y definitivo y hasta con octava. No podríamos decir un triunfo parcial y efímero por la misma envergadura de lo prometido. Entre el comienzo de los males de los últimos tiempos y el Anticristo no hay discontinuidad en la que se pueda situar un triunfo pleno, total y duradero.

Es un grave error de perspectiva como de concepto situar el triunfo, del que todos hablan y admiten, antes del Anticristo. Error de perspectiva histórica pues no hay espacio donde meterlo, donde quepa pues no hay interrupción considerable del proceso de la Revolución acelerada hasta que llegue a su término una vez que comenzó próximamente.

Error de concepto dado el contenido, pleno, total y definitivo, es como confundir, valga el ejemplo y guardando las distancias una merienda frugal con un espléndido y opíparo banquete nupcial con octava, o es confundir una ceremonia de esponsales (novios) con una ceremonia de matrimonio.

El famoso exégeta Cornelio Alápidé, lamentablemente no es muy conocido por el siguiente texto, en el que reconoce que: «... este reinado será corporal y glorioso; es decir que los santos con sus cuerpos y sus almas han de reinar con Cristo aquí en la tierra, como reinarán eternamente en el cielo. Mas creo que ese reinado dará principio en la tierra, en el momento de haber dado muerte al Anticristo, pues muerto éste y despojado de sus dominios, la Iglesia reinará en todo el universo, y el redil lo compondrán los judíos y gentiles y después el reino será trasladado al cielo, y por toda la eternidad». (Com. Daniele VII, 27, p. 98). Tanto Monseñor Morrondo como el P. Cadavid hacen alusión a este importante y revelador texto.

Este es el triunfo, el gran triunfo que los diversos autores de algún modo señalan y esperan aunque no sin algunos errores de perspectiva (situación) o de contenido. Así vemos como el Padre Emmanuel llega a decir: «Al final de los últimos tiempos, la Iglesia toda entera sufrirá una pasión que reproducirá trazo a trazo aquellos de Jesús, esto será la persecución del Anticristo». (La Sainte Église, ed. Clovis, 1997, p. 171).

«La Iglesia debiendo ser en todo semejante a Nuestro señor, padecerá, antes del fin del mundo, una prueba suprema que será una verdadera Pasión.» (Ibid. p. 255).

«...un drama exclusivamente religioso se desarrollará y cubrirá el universo entero.» (Ibid. p. 257).

«La prueba será limitada, abreviada a causa de los elegidos... Por fin la prueba acabará con un triunfo inaudito de la Iglesia comparable a una resurrección.» (Ibid. p. 259).

El P. Arminjon: «El sentir el más acreditado y que parece el más conforme a las santas Escrituras, es el que después de la caída del Anticristo, la Iglesia Católica entrará una vez más en una era de prosperidad y de triunfo». (Fin du Monde présent et Mystères de la Vie Future (1881), Office Central de Lissieux, 1970, p. 60).

«Si es permitido admitir que después del Anticristo, el fin del mundo será aún aplazado muchos siglos, no podríamos decir lo mismo de la crisis suprema que debe llevar a la realización de la gran unidad.» (Ibid. p. 61).

«Sin quererlo, habrán cooperado [Masonería, Carbonismo, Iluminismo, etc.] a fundar el reino de la unidad anunciada por el profeta, erit unum ovile et unus pastor. El triunfo del impío habrá sido de corta duración. Pero las consolaciones que serán universales, abundantes, proporcionadas a la extensión de las tribulaciones que la Iglesia habrá padecido». (Ibid. p. 76).

De este libro del P. Arminjon Santa Teresita dijo: «A los catorce años, con mis vivos deseos de saber, Dios creyó necesario añadir a 'la flor de harina', 'miel y aceite en abundancia'. Esta miel y este aceite me los proporcionó en las conferencias del señor abate Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura. [...] Esta lectura fue también una de las grandes gracias que he recibido en mi vida. Leí el libro asomada a la ventana de mi cuarto de estudio, y fue demasiado íntima y demasiado dulce la impresión que me causó para poder reflejarla en estas páginas.» (Historia de un Alma, cap. 5, 3).

Monseñor Delassus hablando de la promesa del Sagrado Corazón a Santa Margarita en Paray le Monial dice: «Veinte veces, le ha dicho: 'Reinaré a pesar de mis enemigos'. Esta promesa nos da la esperanza después de un esfuerzo prolongado durante diecinueve siglos, después de luchas incesantes, estaremos finalmente a punto de obtener el reino de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, un estado social donde la voluntad de Dios será más religiosamente observada, estado que sería justamente llamado reino de Jesucristo y que haría de la tierra entera su reino. Adveniat regnum tuum.» (La Mission Posthume de Sainte Jeanne d'Arc, 1983, p. 64).

«Tenemos la esperanza que no es la República Universal que prepara la revolución material y moral que se hace hoy en día en el mundo, sino la cristiandad restaurada, la cristiandad llegando a su perfección por el reino de Cristo, aceptado, acogido con gratitud y dicha por todas las naciones: Unum ovile et unus Pastor.» (Ibid. p. 359).

«... la era de la realeza de Nuestro Señor Jesucristo reconocida por Francia y por Francia predicada a todas las naciones. ¿Cuál será la duración de esta era? ¿Quién puede decirlo? Sin embargo sabemos que Dios ha ordenado todas las cosas con medida, con número y con peso. Ahora bien, él ha empleado cuarenta siglos para preparar el advenimiento, ¿no parecería desproporcionado si fuese la apertura de un reino que no hubiera tenido sino algunos años de duración? Los años de gobierno de San Luis, inmediatamente seguidos de una decadencia que finalizará, de nuestros días, después de algunos resplandores, a la apostasía universal y al fin del mundo. Un sentimiento compartido por varios de los que han tratado de interpretar las revelaciones divinas consignadas en las santas Escrituras, los lleva a creer que el reino de Cristo sobre todas las naciones se extiende sobre largos siglos. A parte de las mismas profecías mesiánicas y de su interpretación, algunos espíritus eminentes como Josephe de Mestre han pensado que lejos de estar en los últimos días del mundo, estamos todavía en los primeros siglos de la Iglesia. [...] Adoptemos esta suposición que estamos en los primeros siglos de la Iglesia, que todo eso que ha pasado después de Pentecostés hasta nuestros días ha sido el prelude del reino del divino Redentor sobre todas las naciones...» (Ibid. p. 356-357).

«Nosotros gustamos reposar nuestro corazón en la confianza que esta segunda hipótesis que es la verdadera y que el reino de Nuestro Señor Jesucristo, que la Santa Iglesia pide con tanta solemnidad, cada año en el curso de su liturgia, que tantas almas piden cada día después de tantos siglos, bajo la orden de Nuestro Señor Jesucristo él mismo: Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terra, va a retomar su curso, constituirse en un estado de perfección que no fue sino entrevisto en el siglo XII, y durar tanto tiempo como pide la evolución de los astros para la formación del nuevo cielo, y eterna morada de los elegidos.» (Ibid. pp. 361-362).

Como hace ver el P. Cadavid: «Faltaríanos pues, el terrible y corto castigo, y después el completo reinado del Corazón de María. ¡Lo uno y lo otro parecen ya vecinos!» (Op. Cit. p. 108).

«Después de tan desastroso castigo vendrá el anunciado Reinado total de María y con él la paz, la virtud, la santidad en el mundo.» (Ibid. p. 115). «Ahora faltaría el universal castigo, el ‘pequeño fin del mundo’ que será corto pero terrible, pues según veremos, perecerán ‘las tres cuartas partes del mundo’. cumplido semejante castigo vendrá el completo Reinado del Corazón Inmaculado de María: la paz, la tranquilidad y religiosidad que precederán al verdadero fin.» (Ibid. p. 32).

Podemos afirmar que el gran santo misionero apostólico San Luis María Grignon de Monfort (en la misma línea que su colega San Vicente Ferrer) es el santo mariano más apocalíptico de la historia, aunque sus comentadores comúnmente no lo reflejan y hacen todo lo posible por disuadir de esta perspectiva por prejuicios antiapocalípticos asemejándose a esos de quienes el mismo Santo señaló: «Preveo que han de salir verdaderos espíritus infernales dispuestos a hacer mil pedazos, con saña diabólica, el presente librito y al autor del que se ha servido el Espíritu Santo para escribirlo, o, cuando menos, que intentarán por todos los medios sepultarlo en las tinieblas del olvido o en el fondo de un baúl, bajo siete llaves y que atacarán y perseguirán a todo el que vean leyéndolo o que pone en práctica lo que en él se aconseja. ¡Pero no importa! ¡Tanto mejor!». (Tratado de la Verdadera Devoción, n.º. 114).

De todos modos San Luis es muy claro y nadie puede sin mala voluntad o sin inteligencia, negar su visión apocalíptica del fin de los tiempos íntimamente relacionadas con la intervención de la Bienaventurada Virgen María y la Parusía de Nuestro Señor el día de su Segunda Venida en Gloria y Majestad como Cristo Rey:

«Así como por María vino Dios al mundo la primera vez en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá segunda vez como toda la Iglesia lo espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? Cómo y cuándo ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y el modo menos esperados de los hombres, aún de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy obscura. Todavía, empero, debe creerse que al fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa, suscitará Dios grandes hombres llenos del Espíritu Santo y del Espíritu de María por los cuales esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra para destruir en ella al pecado y establecer el reinado de Jesucristo su Hijo sobre el mundo corrompido.» (El Secreto de María, N.º. 58 y 59).

Basilio Méramo Pbro.
21 de enero de 2009